

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 70.—BARCELONA 23 DE SEPTIEMBRE DE 1915



Ametralladoras turcas mandadas por un oficial alemán, en los Dardanelos

CRONICA INTERNACIONAL

I. Síntomas de cansancio.—II. Europa y los Estados Unidos.—III. Las naciones neutrales

I.—Síntomas de cansancio

No en balde las naciones beligerantes llevan más de trece meses de guerra. La acritud de lenguaje, el tono agresivo, la convicción en la victoria, han ido desapareciendo de las columnas de la prensa aliada. Tal vez contra su voluntad, ha tenido que acostumbrarse al estado de cosas creado por las victorias alemanas, y esta atmósfera no es muy propicia a las arrogancias y a las crudezas. Todavía aparecen, con demasiada frecuencia, destellos de la furia pasada, pero el diapasón normal es más bajo, por fortuna. Las invocaciones al derecho, libertad y demás excelencias modernas, han rendido ya todos los frutos, no hay nuevos incautos en perspectiva, y por consiguiente se apela menos a esas retóricas. La esperanza, más que eso, la seguridad en el triunfo final—como si hubiera dos clases de triunfo—todavía se agita y asoma a la superficie, aunque con más prudencia y como si los mismos que la propagan lo hicieran sin convencimiento. En una palabra, la realidad comienza a pesar sobre la imaginación. Actualmente, es la prensa italiana la más envanecida; al lector neutral e imparcial le acude al pensamiento

la idea de que los italianos están algo pasmados de encontrarse todavía, en ciertos puntos, en territorio austriaco, y se extrañan de que el mundo no reconozca lo que ellos creen son éxitos militares extraordinarios; esa prensa es la más desorientada, en el fondo, de toda la aliada, pero en ningún momento ha adoptado una actitud tan airada y violenta como la francesa.

Los periódicos alemanes y austro-húngaros, dando por descontada la victoria, han suavizado los conceptos de su prosa, porque la forma nunca ha sido mortificante para el adversario. Se discuten las condiciones que deben imponerse en el tratado de paz, sin referirse, como antes, a aplastar para siempre al adversario. Las victorias no despiertan tanto entusiasmo y no dan lugar a explosiones de deseos de desquite. Tímidamente todavía, comienzan a mostrarse sentimientos de consideración y aun de simpatía hacia alguno de los beligerantes, y hasta a la misma Inglaterra se la trata con menos apasionamiento.

Las campañas de prensa no pueden mantenerse meses y meses con el mismo calor y fogosidad, cuando sus fundamentos son artificiosos. La necesidad

suprema de que la patria no perezca y de que sus hijos no se desalienten, ha prolongado más allá de sus límites naturales esas campañas; los primeros síntomas de decadencia están bien visibles. Las plumas están cansadas, el entendimiento no sabe ya qué argumentos esgrimir, las profecías no se cumplen nunca, los nervios se aflojan, la voluntad se rinde al peso de la realidad.

Este cambio general en la actitud de la prensa es un indicio seguro para apreciar el estado de opinión de los pueblos. Todos los beligerantes están dando las primeras señales de fatiga. Aquello de que la guerra duraría años y años, ya no lo cree nadie. Antes de uno, se habrá agotado la fuerza impulsiva de las naciones beligerantes, que se refleja inmediatamente en los cuarteles generales y en los ejércitos. Nos vamos acercando a la paz. Si Inglaterra estuviera tan quebrantada como sus aliados y como sus adversarios, la guerra concluiría antes del invierno; por desgracia para el resto del mundo, la Gran Bretaña conserva casi todas sus energías. Un desastre en los Dardanelos—que no parece probable, ni mucho menos—abatiría la serenidad británica, y no sería entonces difícil llegar a una paz inmediata. De ella hay fervientes deseos en Rusia, como se advierte con sólo comparar el último ukás del czar al tomar el mando de sus tropas, con los que dió al estallar la guerra y los que periódicamente lanzó hasta el mes de julio: antes, el objetivo de la guerra era la destrucción del enemigo; ahora se reduce a defender y conservar el territorio nacional; hace un año, se aludía a la victoriosa invasión de los países germanos y a la redención de los eslavos que gemían bajo el yugo austro-alemán; hoy sólo se trata de libertar a los rusos dominados por los victoriosos ejércitos enemigos.

¡Sí! Los pueblos beligerantes están fatigados. Un año atrás se pensaba en la victoria; hoy se piensa en la paz. ¡Cuán apetecible y glorioso es el triunfo, pero cuán inapreciables los beneficios de la paz! Registremos con satisfacción el hecho, y deseemos que acabe pronto el derramamiento de sangre de nuestros semejantes.

II.—Europa y los Estados Unidos

Ni las dilaciones de las negociaciones germano-americanas, ni las incesantes reclamaciones de la Casa Blanca en favor de la libertad del comercio americano, ni siquiera los repetidos desengaños sufridos por los franco-ingleses, fueron bastante a poner término a los halagos y caricias de que han estado siendo objeto durante un año los Estados Unidos. Pero cuando éstos han indicado su propósito de ser tan fuertes en el mar como la Gran Bretaña, una parte de la prensa inglesa se ha llamado a engaño, y la nación norte-americana ha sido relegada a segundo término.

Se buscaba el apoyo del inferior, pero se teme al igual. ¿Cuánto costaría a Inglaterra el auxilio de un aliado tan poderoso? ¿Qué sería del Canadá y de las colonias británicas en América? ¿Cuáles son las aspiraciones de los Estados Unidos sobre Asia? Preguntas que se concretan en una sola, de forma diferente: ¿Conviene aplastar al rival continental, a cambio de crear otro más temible en el mar?

El caso no es nuevo, y sólo la ofuscación producida por una guerra desgraciada ha podido cerrar los ojos a los ingleses. La política internacional de los Estados Unidos es digna hija y discípula de la de Londres, y es la que debieran tener todas las naciones: se marcha en línea recta a la satisfacción del interés propio, que siempre está en oposición con el ajeno, cualquiera que éste sea. ¿Iban a ser tan cándidos los Estados Unidos y negarían hasta tal punto su historia, que se agotasen en una guerra que había de beneficiar casi exclusivamente a sus rivales de mañana? Si un día se deciden a intervenir, no lo harán por defender la causa de los aliados, ni la de los germanos, sino por la suya propia, aunque se pongan al lado de uno de los dos bandos, y aquel día deben temblar ambos, porque habrá aparecido el tercero en discordia, descansado y con sus energías intactas. Entre tanto, nada se pierde con aprovecharse, en el terreno comercial, de las discordias europeas.

El único país que se dió cuenta enseguida del rumbo definitivo que tomaría la política de Washington fué el Japón, que muestra una actitud moderada y prudente hace muchos meses, contrastando con la soberbia arrogancia que despertó en él la fácil conquista de Kiao-Chau y de la que China estuvo a punto de pagar las consecuencias. En las orillas opuestas del Pacífico, los americanos y los japoneses se observan con recelo; aquellos, pensando que las islas amarillas son la barrera que les impide llegar al continente asiático; los segundos, recordando el pabellón que ondea sobre las Filipinas y arbitrando la manera de ser los dueños del inmenso mar. Si Alemania triunfara, no transcurriría mucho tiempo sin que el verdadero señor del Asia, la China, reivindicara sus derechos y arrojase a sus montañas a los osados isleños y a sus grandes continentes a los extranjeros americanos.

III.—Las naciones neutrales

Quedan en Europa un gran número de naciones de segundo y tercer orden, que si aisladamente poco pueden, se trocarían en árbitros de la situación si llegasen a aunar sus esfuerzos en pro de la paz. No es menester enumerarlas.

Cuando tan poco ha costado que todas las grandes Potencias y otras que no lo son, se arrojaran unánimemente y con verdadera despreocupación en los horrores de una contienda sin precedentes, parece mentira que no se haya intentado siquiera un acuerdo, para que a los neutrales se les respetase la plenitud de sus derechos, desconocidos por unos y otros. Ciertamente que amplias fajas de terreno separan entre sí a los tres grupos de neutrales, pero ello sería una circunstancia valiosísima que daría mayor eficacia a su acción si se decidían a obrar. Desgraciadamente, ha sido siempre más fácil unirse para la destrucción y el mal que para el bien; al desenvainar la espada, los peores instintos del hombre, y por consiguiente de los pueblos, y no sus más nobles facultades, son los que prevalecen.

Las generaciones que nos sigan, se asombrarán de que setenta millones de europeos hayan sufrido resignados los vejámenes que la guerra les impone; porque todos los beligerantes, con tal de perjudicar

al adversario, no se han detenido ante la consideración de que también serían lesionados los neutrales. Uncidos éstos al carro de uno cualesquiera de los dos grupos, saldrían a la postre aplastados por el que venciera.

Pero su acción debiera obedecer exclusivamente al interés propio, y poco costaría elaborar un programa en que coincidieran todos, que los uniera a todos: libertad de comercio, por tierra y por mar; inviolabilidad de los territorios nacionales; libre exportación de armas, municiones y todo género de productos, compromiso obligatorio, por parte de los beligerantes, sin excepción, de que en el tratado de paz se respetaran los territorios, derechos, tratados de comercio, etc., de los neutrales... ¿A qué seguir? ¡Fantasías, idealismos! se dirá. Es cierto, no van por ahí las corrientes, aunque debieran ir. Se llegará a ello con el tiempo, porque es inadmisibles que los beligerantes, además de combatir con sus propios medios, se valgan de los que pueden aprovechar de los neutrales; que por perjudicar al rival atenten contra el espectador pacífico: que sometan a éste a una serie de medidas vejatorias sin compensación ninguna; que salga derrotado y maltrecho, quien quiera que sea el vencedor.

¿Han perdido los neutrales, por ventura, el instinto de la propia conservación, les agrada que se les suma en la ruina? ¡No! Dígase lo que se quiera, el imperio del derecho se ha fortalecido con los siglos, y el respeto al derecho internacional enfrena las voluntades y los pensamientos de los neutrales; pero debieran recordar que las prácticas del tal derecho han sido dictadas e impuestas por los poderosos, y observadas por ellos en tanto conviene a sus objetivos, saliéndose y modificando y tomando nuevos caminos cada vez que les ha convenido. Es demasiada resignación la de los neutrales; despedácese en buena hora los mal hallados entre sí, pero no perturben ni molesten al tercero. Es un principio elemental de simple policía urbana, que después de dos mil años de civilización todavía no hemos sabido ni querido extender a las naciones. Más o menos pronto, se pondrá remedio.

Bastaría que los neutrales impusieran el respeto a sus derechos, sin inclinarse a ningún lado, para que la paz se acelerara. Si los beligerantes están pecando por acción, nosotros, neutrales, nos estamos haciendo reos del delito de lesa humanidad y lesa patria por omisión.

F. LARÍN.

EL SUPREMO ARGUMENTO Y SU SIGNIFICACIÓN

Hace un año que se está repitiendo en todos los tonos y bajo todas las formas, el mismo argumento, para evitar que el desaliento cunda en los pueblos aliados: la victoria final será nuestra. Lo que equivale a decir: puede el enemigo conquistar territorios, ganar batallas, rendir fortalezas, pero a la postre se agotará y entonces le derrotaremos.

Si se ponen de un lado la población y recursos de los tres Imperios y de otro el número de habitantes y los medios con que cuenta el abigarrado conjunto de aliados, la ventaja, inmensa y positiva, está de parte de los últimos; pero nunca ha sido esa

superioridad material sinónima de victoria, y la historia está repleta de casos que demuestran lo contrario. Se descartan todos ellos, y solamente se hace hincapié en el de Napoleón: el gran caudillo derrotó una y otra vez a toda Europa, mas al cabo cayó rendido, por agotamiento, exangüe. Es verdad que la Francia de Napoleón no es la Alemania de hoy; en los últimos años del Imperio, no fué el pueblo francés, sino el corso inmortal quien encendió y quiso las guerras, mientras que ahora es el pueblo, todo el pueblo alemán, el que lucha y no por la ambición, ni el capricho de su Kaiser. Esta distinción se suele negar; algunos, que la admiten a medias, refuerzan más el argumento: cerradas a piedra y lodo las fronteras de Alemania y Austria, ambos países perecerán, se agotarán sus hombres, su dinero, sus primeras materias, y aquel día sobrevendrá rápidamente la ruina de ambos.

Los técnicos, que enfocan la cuestión desde un punto de vista especial, razonan así: si Alemania vence a Rusia, habrá destruido sus fuerzas militares, y el imperio blanco no será más que un gigante sin brazos, amordazado y hecho impotente; lo mismo puede decirse de Francia e Italia; y en tal supuesto, nada importa que en las tres naciones haya muchos pueblos y mucho oro y mucha industria, toda vez que no podrán defenderse; y como los hechos prueban que Alemania y Austria pueden llevar a cabo estas empresas, nada importa que sus recursos sean menores. Lo que se persigue no es la destrucción de los pueblos, cosa imposible, sino la de sus ejércitos. Nosotros—arguyen los del otro bando—disponemos de más soldados, y como las balas y las enfermedades aclaran las filas de todos, a la postre las nuestras estarán nutridas y vacías las del adversario.

¿Quién tiene la razón? ¿Los que argumentan apoyándose en lo pasado y en lo presente, o los que cifran sus esperanzas en un porvenir, lógico y razonable, pero que los hechos distan mucho de confirmar? La respuesta es prematura; todos y ninguno tienen fundamento en sus opiniones; y ambos bandos obran bien exponiéndolas y divulgándolas, porque contribuyen a llevar la confianza y sostener la esperanza en sus países respectivos.

Nosotros, neutrales, no tenemos interés mayor en hacer cábalas sobre lo que acontecerá. A su tiempo lo sabremos; uno de los partidos verá confirmados sus cálculos, y desvanecidos el otro. Con prepararnos para el caso peor, quedará terminada nuestra misión. Lo que fuere, sonará.

Tales disputas ofrecen para nosotros, sin embargo, mucho interés. Natural y legítimo es que los tres Imperios, presentando las listas de sus ganancias, mantengan el fuego sagrado; no otra cosa ha hecho siempre el vencedor. Ya no es tan frecuente que el vencido esgrima argumentos de solidez real, por lo menos en la apariencia, más que para prolongar la resistencia y atenuar la derrota, para llevar a todos los ánimos el convencimiento de la victoria definitiva. Una campaña en este sentido, atizada durante doce meses y viva sin decaer, ni amortiguarse, no hubiera subsistido si no respondiera a un robusto estado de opinión; de otro modo, habría caído en el ridículo, porque, cuando se hallan comprometidos en una lucha todos los intereses de un pueblo, sería pueril imaginar que cabe repetir uno y otro día lo

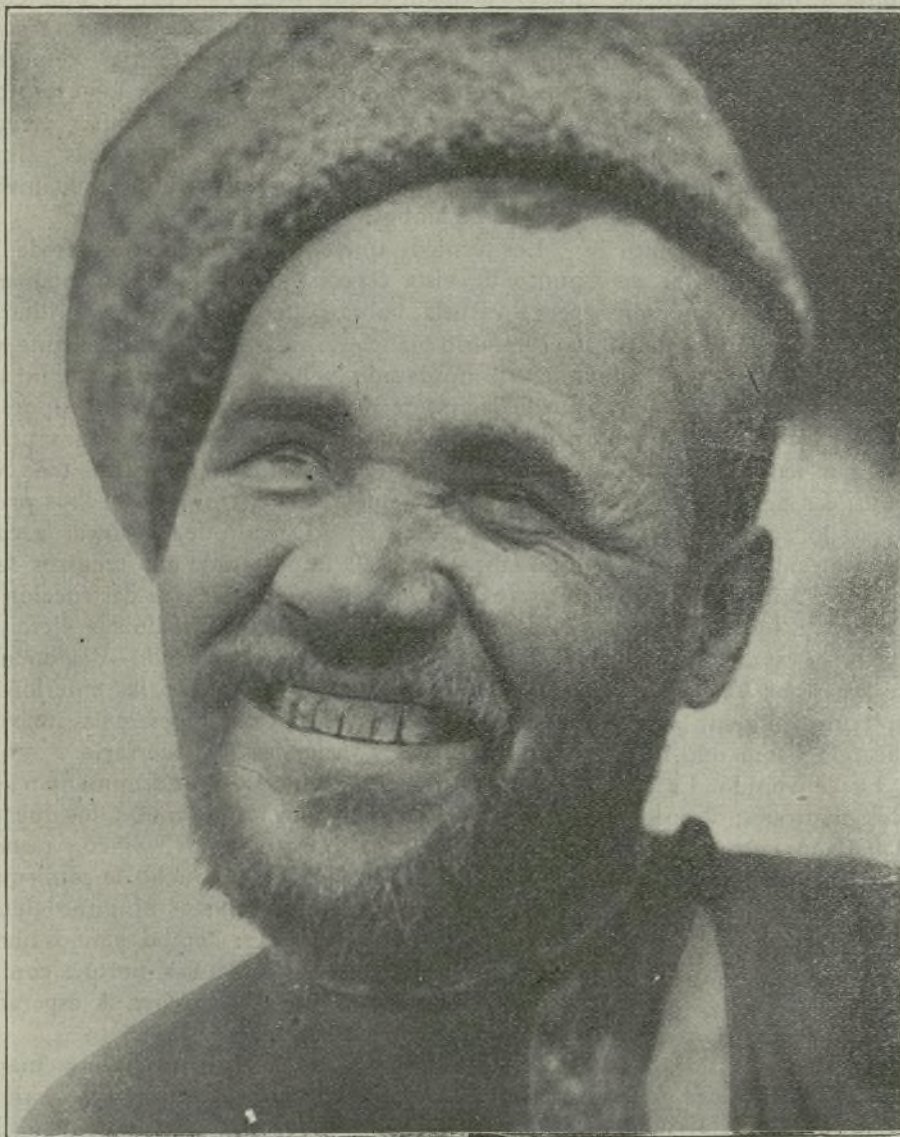
que no está en la conciencia nacional; se sostiene una agitación artificiosa un mes, dos, seis; tanto tiempo, nunca. En lo más íntimo del último ciudadano de las potencias aliadas, late el sentimiento de que la victoria llegará un día u otro; hasta las personas más pesimistas, alimentan en un rincón de su alma la llama, vacilante, mortecina, nunca extinguida, de la esperanza.

Este es un espectáculo consolador para la humanidad. Ejemplo admirable el que nos están dando

dentro de sus fronteras, y sólo conceden una atención superficial a lo que ocurre más allá de ellas, se ven aumentados los defectos propios, la menor mácula adquiere proporciones pavorosas, y se extiende la equivocada creencia de que en el extranjero todo son perfecciones y bienandanzas. Aislamiento y desgracia es una misma cosa. El que se empequeñece y aparta del mundo, exagera sus debilidades y desdichas, y, al mismo tiempo, como en el hombre hay un gran fondo espiritual que le llama a una condi-

ción mejor, da pábulo y acaricia ilusiones de grandezas, quiméricas, fantásticas, irrealizables. Sólo el contraste con los elementos que nos rodean nos hace aptos para juzgarnos a nosotros mismos. Y una nación que desprecia los negocios ajenos, incurre en el pecado de no conocerse a sí misma; de ahí nacen desengaños, yerros, utopías: se camina a ciegas, en el caos, sin saber de dónde se parte, ni a dónde se va, ni si lo que se quiere está al alcance de nuestras fuerzas.

Gracias a ese interés por los asuntos exteriores, a esa política internacional en que toman parte, si quiera sea platónicamente, la gran masa de ciudadanos, han soportado Inglaterra y Francia los amargos y aciagos días que han ennegrecido su historia en los últimos trece meses. No en la riqueza, ni en otras cosas que pueden sujetarse a números, ha de buscarse la actitud de resignación confiada que en ellas resplandece: conocen la fuerza formidable del enemigo y han aprendido a aquilatar la suya propia; hasta las derrotas les dan



Cosaco ruso, hecho prisionero, entre otros, cerca de Danzig

Alemania y Austria-Hungría; revelación de que en la decadente Francia y en la materializada Inglaterra hay algo que se creía desaparecido: la fe en el destino y en el porvenir de sus pueblos. Sin esa fe no puede ser grande ninguna nación, ni aspirar a intervenir en el concierto de las demás. Pero la fe no ejerce sus efectos, no manifiesta su existencia, más que en las circunstancias angustiosas, y las más terribles para un reino son las dimanantes de una guerra con otro país más fuerte.

¿Hay medios de crear esa fe, que no es como la divina, aunque arranca originariamente de ella? No se conoce más que uno: acostumar a los ciudadanos a ocuparse en cuestiones internacionales, para formar una política internacional.

Cuando los habitantes de un Estado se encierran

más alientos, porque si el descalabro no fué irreparable, prueba fehaciente es de que la capacidad de resistencia nacional no era un mito.

Ahora, pues, es cuando se observa la sabiduría de los directores de las más de las naciones en guerra: estudiando al presunto adversario, se estudia uno a sí mismo y se robustece el concepto de la Patria; nunca más necesario que cuando el infortunio llama a las puertas de la casa.

Concluyo, repitiendo que no ha de tildarse de vano y huero el supremo argumento que agitan desesperadamente los aliados: revela una fe y una persuasión de su valor envidiables y que no deben ser menospreciadas, ni tratadas con ligereza; es lo de más substancia que ha patentizado la guerra.

.....

COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

En el frente

(De nuestro Corresponsal)

XIII

Sobre la cima de una ondulación del terreno desenfilado, es decir, donde quedamos resguardados del fuego de flanco, hacemos alto un momento. Frente a nosotros yace el campo inmenso de batalla, o, por mejor decirlo, un trozo de él; con ayuda de los anteojos de larga vista se descubre en la lejanía junto al horizonte casi, movimientos varios de sombras muy pequeñas y manchas oscuras que resaltan en el fondo del terreno. Lo que los sentidos no alcanzan a ver, lo adivina la razón: caballos que corren, masas de ejército en reposo, filas de soldados en marcha. Y aunque la distancia disminuye el volumen de las cosas, se puede deducir un tráfico activo en el campo enemigo. Columnas de humo se desprenden de vez en cuando, sin poderse saber de dónde salieron. Más cerca elevaciones de tierra al parecer sin orden, rayos claros que atraviesan la campiña, sin duda trincheras... A los rayos horizontales del sol brillan aquí y allá líneas quebradas, como la tela de plata de una araña gigante, presta a hacer presa del insecto que ose tocar sus redes. Llegando casi hasta nuestros pies, retiradas algún centenar de metros entre sí, puede notar la simple vista líneas quebradas, interceptadas a trechos por otras más cortas. Caminos y veredas cruzan el todo. Hileras de árboles, bosquecillos, restos de casas. A la derecha un villorrio; en el fondo, apenas perceptibles, las cúspides angulares de otro. Mucho se abarca con la vista desde nuestra posición. El campo es plano de una inclinación ligera hacia la izquierda y hacia el fondo. Figúraseme el paisaje en conjunto a la hoja de papel donde la mano inexperta de un niño trazó rayas arbitrarias con grueso lápiz sin la menor idea de lo que hacía. Sin embargo, en mi pecho palpita entusiasmado, si bien un tanto oprimido, el corazón. Que es el corazón a la vez de un soldado y de un hombre. Ante el aspecto grandioso de un campo moderno de batalla, cuya vista sola despierta en mi cerebro los cuadros heroicos de la guerra con sus peligros y privaciones, con sus grandezas también y el desenfreno indescriptible de cuanto hay de más hu-

manamente puro en el hombre, instintos de conservación y de valor salvaje, pasiones de amor que desarrollan odio y llevan al sacrificio ciego; el mortal olvidándose a sí mismo en cuanto sér. pensante, juguete no más de impulsos ocultos que la naturaleza depositó en él al formarle, y que la civilización amenaza robarle para siempre. ¡Oh! tú, renovador potente del alma humana, que denominan guerra, tan sangriento y terrible como eres, eres la más sagrada posesión del mundo, pues que renuevas sus fuerzas desangrándole! ¡No temas si moralistas y políticos te



Último retrato del mariscal von Bennekendorf von Hindenburg

hieren con diatribas e insultos, que la vida de los pueblos ha menester de tí, que a tí deben la mitad de sus grandezas, y sus conquistas las sellaste tú a fuego y sangre! Quien en tí vive es noble y quien en tí muere un redentor sin nombre... ¡Oh, la más cruel de todas las necesidades sociales, bendita seas!

La tranquilidad del cuadro me es extraña. Ahí está el campo de batalla y, sin embargo, nada se ve de lo que la realidad me mostró siempre en tales casos. Las masas de infantería en ataque, la caballería enardecida, alta la espada brilladora, la artillería de campaña, cuyas bocas de fuego humean, el tumulto del combate y todo cuanto los pintores de ba-

tallas suelen representar en sus lienzos, no está visible. En mi interior no deja de deslizarse un sentimiento de conmiseración para los presentes y futuros artistas de ese ramo. Todo está escondido, todo invisible y, sin embargo, se combate.

Rodeando defensas naturales, que ofrece el terreno, descendemos hasta la entrada de la primera zanja de comunicación. Aquí nos detenemos un momento para dar paso a un destacamento de infantería que entra, sin duda, a relevar a otro. El buen humor de las tropas es notable. Los soldados respiran vida y salud. Su alegría no es la artificial o patológica que despierta el peligro en sistemas nerviosos en tensión, sino la sencilla y franca, fruto de la fuerza vital. Más que a exponerse a las balas del enemigo, parecen ciudadanos que, salidos de la estrechez de sus moradas, van al campo en viaje de recreo y respiran con placer el aire libre, que huele a las veces, por lo demás, a pólvora o a cadáveres en putrefacción...

Enseguida pasa el desayuno para las tropas que están en las trincheras. La ración diaria de un soldado consiste en: 1.º, pan, 750 gramos. El pan es el obscuro hecho de harina de trigo y avena, mas fécula de patata, de que ya hemos hablado en otra ocasión; 2.º, 375 gramos de carne fresca (o bien, 200 gramos de carne ahumada o de conserva); 3.º, arroz, 125 gramos; la porción de arroz es substituída frecuentemente, para mayor variedad de la comida, por 60 gramos de legumbres secas, o 150 gramos de conserva de legumbres, o 1.500 gramos de patatas, etc.; 4.º 25 gramos de sal; 5.º 25 de café tostado (o 3 de té) con 17 de azúcar.

La alimentación es muy sana y sabrosa. No hay más que ver, para convencerse, a los soldados tomándola; ¡con cuánto gusto lo hacen y cómo rien al hacerlo!

Los víveres de saco (Eiserne Portió—porción de hierro) los lleva cada soldado consigo, sin hacer uso de ellos, más que en extrema necesidad y cuando ha precedido orden del jefe de tropa.

Un soldado en campaña siempre tiene apetito y si más le dieran, más comiera; pero las raciones indicadas están científicamente calculadas y bastan aun en caso de los más duros trabajos.

Entramos en el foso de comunicación. Es estrecho; con dificultad cabe un hombre de frente. El piso es más angosto y las paredes se separan a medida que suben. El trazado es en zig-zag y comunica con la trinchera delantera. De esta manera se evita el peligro de estar expuesta a los tiros largos del enemigo. Su altura es la de un hombre de pie. Por precaución nos aconsejan constantemente nuestros guías que nos agachemos. Que lo hacemos con cuidado, no necesito ni decirlo, en especial mis colegas yankées y mi colega noruego, doctor en derecho.

A causa de la lluvia del día anterior, el piso está lodoso; charcos hay aquí y allá, contra los cuales me defienden hasta cierto punto mis zapatos fuertes y polainas. Pero el placer que me produce el verme de nuevo en campaña, por decirlo así, me haría olvidar por completo las incomodidades, si el continuo agacharse no me obligara a mirar el suelo. Me viene a la memoria mi sección de zapadores cuando, al tocar de la diana, emprendía a su frente

la marcha camino del trabajo, bajo sol tropical o lluvias torrenciales.

Hemos alcanzado ya las trincheras. Penetramos en el foso de cubierta. Aquí espera la reserva el momento de entrar en la línea frontera. Los soldados reposan metidos en sus abrigos y sólo se ve de ellos la cara roja, de ojos soñolientos que se entreabren para vernos al pasar. Algunos hay que, aprovechando los pocos rayos de sol que entran en la zanja, se han levantado un tanto—mucho es peligroso—y miran el cielo azul. Un cabo sentado en el suelo, recogidas las piernas, escribe con un lápiz que sólo tocan el pulgar y el índice y que más que veo, adivino, una tarjeta para los suyos en el terruño, sin levantar la vista un instante. Mas no todo descansa aquí. Centinelas clavan la mirada en la lejanía, espionando inmutables todo movimiento sospechoso que sobresalga de la superficie de la tierra. Otros aún ocúpanse en cavar incansables la ya bastante zanjada tierra. Cavan nuevos fosos o nuevas zapas, que los acercarán al enemigo, ya a descubierto, ya por debajo mismo de las trincheras francesas, para hacer volar éstas con minas; mientras los otros amontonan sacos de tierra en forma de trincheras, espaldones que sirvan de defensa.

Ante esta actividad ininterrumpida, semejante a la de los topos, no puedo menos de notar lo superficial de mi observación anterior, cuando viendo el campo en conjunto, sin ruidos, sin movimientos, más parecía presentar un lugar desierto que un hormiguero en acción infatigable.

Nuestro mayor se vuelve a nosotros y nos pregunta si lo visto nos basta o deseamos pasar adelante. Temiendo que mis compañeros no quieran darse por satisfechos antes de ver lo principal, me adelanto a responder.—«*Weiter! weiter! bis an die vorderste Linie!*» (Adelante hasta la línea delantera).—No puedo reprimir mi sed insaciable de ver, de observar, de palpar con mi propia mano la realidad de la guerra moderna hasta en sus más ligeros detalles.

¡Quién sabe si podré encontrar otra vez la ocasión propicia de hacer este curso práctico, tan instructivo...! Guerra no hay—o por lo menos semejante a ésta—todos los días. Además las circunstancias favorables son difíciles de atrapar. Tantas privaciones a causa de mi estancia en Alemania, que me ha costado también tantos desengaños y amarguras, ¿habrán de quedar sin la recompensa esperada?—Ir a París y no ver el Louvre, ir a Roma y no ver al Papa, fuera imperdonable; pero ir a las trincheras y no ver a sus defensores combatiendo, llamara yo un pecado capital.

¡Adelante! Entre las estrechas paredes de una nueva zanja de comunicación quebrada en zig-zag, chapoteando con los pies en el lodo, doblado el cuerpo, baja la mirada. ¡Adelante!

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Conjugación de verbos

(El señor B).—¡Sí, señor! *Le Temps* me ha hecho ver clara la verdad. Ahora es cuando comprendo la

estrategia del Gran Duque y el mérito de la combinación.

—¡Por favor, señor B! No me tenga V. más tiempo sumido en la incertidumbre, porque yo creía que eso de la estrategia rusa era algo así como el «peligro amarillo» y como «el cerebro del mundo»: un tópico al que se agarraban los que *construyen* literatura cuando se les agotan otros temas de más enjundia; una especie de engaña-bobos.

(El señor B).—Peor para V., porque no es un engaña-bobos, sino un engaña-alemanes. ¿Le conviene a V. el cambio de conceptos?

—¿Por qué no? Me han convencido ustedes hace tiempo de que los germanos son unos párvulos cándidos e inocentes y que los rusos se pierden de vista... camino de la Siberia.

(El señor B).—¡Eso es lo que quisiera V!

—Ya sé que padecerían la libertad y la democracia, pero en compensación adquirirían auge la retórica y la poética.

(El señor A).—¿Acabarán ustedes de hablar? ¿Podemos, por fin, saber cuál es la estrategia rusa que elogia *Le Temps*?

(El señor B).—Oigan ustedes: los rusos continúan su sabia retirada consiguiendo no perder el contacto con el enemigo.

—¡Canastos! ¡Eso es peor que los gases asfixiantes y que el mortero de 42! Conque ¿los rusos se retiran y han logrado no perder el contacto con sus enemigos? Pues diga V. que están hechos una breva. Ahora comprendo por qué no acaban nunca su retirada y por qué no la interrumpen para descansar.

(El señor A).—¿Cómo es ello?

—En la retirada andan como los cangrejos o como las personas?

(El señor B).—¿Será V. por ventura de aquellos que creen que los rusos van aún con taparrabos?

—Pues, si andan como V. y como yo, y han resuelto el problema de no perder el contacto ¡cómo estará aquella parte de su cuerpo indispensable para sentarse! ¡Vaya unas ocurrencias que tiene *Le Temps*! A cualquier cosa se llama aliados en estos tiempos que corremos. Los alemanes les toman los cañones y los fusiles, y los franceses les toman el pelo. ¡Bien pueden abrigar sus cabezas mondas con gorros de pieles! ¡Lo contentos que estarán en Rusia del espiritismo francés! ¿Hay noticias del Isonzo, señor A?

(El señor A).—Los italianos no dejan de hacer progresos.

—¿Se atreve V. a nombrar esta palabra, señor A? ¿No conoce V. el diálogo que entablaron el otro día el gallo y el leopardo?

(El señor A).—No, ciertamente.

—Consistía en la conjugación de un verbo, con los tiempos cambiados: yo progresaré..., tú progresarás..., y respondían en Rusia: nosotros progresaremos; yo progreso... tú progresas...; y el tercero exclamaba: nosotros progresamos; yo progresaba... tú progresabas...; pero el protagonista se escamó y dijo: ¿vosotros progresabais?; yo progresé... tú progresaste...; a lo que objetaron en Oriente: ¡ellos sí que progresaron! Finalmente, están en el pluscuamperfecto: ¿había yo progresado?... ¿habías tú progresado?... ¿había él (el ruso) progresado? Y el mundo a coro contestaba: ¡oh, sí! ¡habíais progresado, en el

siglo XVIII, pero en el XX serán ellos los que progresarán.

(El señor A).—¿Quiénes, los italianos?

—¡Es claro! ¿Qué duda cabe? Progresaron, progresan y progresarán en el Isonzo. ¡A propósito! ¡Se han fijado ustedes en lo bonito que es ese nombre? ¡Es todo un poema! ¡Cómo se despachará el poeta irredento dedicando cantos al Isonzo! ¡Lástima que sean tan prosaicos los austriacos! ¡Y además, testarudos! Verdaderamente, no se puede con gentes que no hacen caso del arte.

(El señor A).—Esté V. convencido de que los austriacos serán arrojados del Isonzo.

—¡Oh, sí! Ellos, que progresaron y progresan, están progresando y ¡progresarán! ¿Sabía V. que el verbo en cuestión ha sido borrado del diccionario francés?

(El señor B).—No lo creo; ¿con qué otro lo reemplazarán?

—Con éste: yo me *haré* ilusiones... tú te *harás* ilusiones...; yo me *hice* ilusiones... tú te *hiciste* ilusiones..., hasta que llegó una doliente y lastimera voz, no se sabe si de los Urales o si del Arkangel (este Arkangel, es una ciudad), que decía: esto que conjugáis son ilusiones o alusiones? Desde aquel día, ni se ha vuelto a progresar, ni se han fabricado más ilusiones.

(El señor A).—De modo que ¿V. cree que están desmoralizados los franceses e ingleses?

—¿Qué tiene que ver la desmoralización con la ilusión? Lo que sucede es que todos saben que hay una bomba por los aires, y ¡claro! todos miran al cielo y se dan golpes en el pecho, rogando que estalle en casa del vecino y no en la propia. El vecino, adivinen ustedes quién es, para unos es Pedro y para otros Juan, aunque ellos llaman al primero Pierre y al segundo Ivan.

(El señor B).—¿Quiénes son ellos?

—¡Vaya una pregunta! ¿No digo que llaman? ¿Quiénes son los que llaman a Grecia y Rumania y Bulgaria y Portugal y Estados Unidos y...? Llama el que le falta algo; en la guerra ¿qué es lo que hace más falta? Pues el que carece de ello es el que llama... ¿Me ha entendido V?

(El señor B).—Está V. hoy metafísico, don Subrio.

—Algo he aprendido de sus amigos, y una de esas enseñanzas, ha sido la de no decir las cosas por sus nombres. Vea V. si no; por huida... estrategia; por ir de cabeza... progresar...; por aguantar mecha... Isonzo.

(El señor B).—¡Vaya con don Subrio! ¡Ha venido de buen humor! En el fondo, me parece que no le llega a V. la camisa al cuerpo.

—¡Si no la uso! ¡Ignora V. que los alemanes aún no han descubierto la camisa? Llevan pantalones, levitas y capotes para cubrir las apariencias, pero ya no engañan a nadie: ¡ni a los rusos! Ahora sí que están perdidos. Por eso, tranquilamente, el leopardo y el gallo han vuelto a entablar otro coloquio; en algo han de entretenerse y matar el tiempo, a falta de mejor pieza.

(El señor B).—¿Va V. a darnos otra lección sobre el verbo progresar?

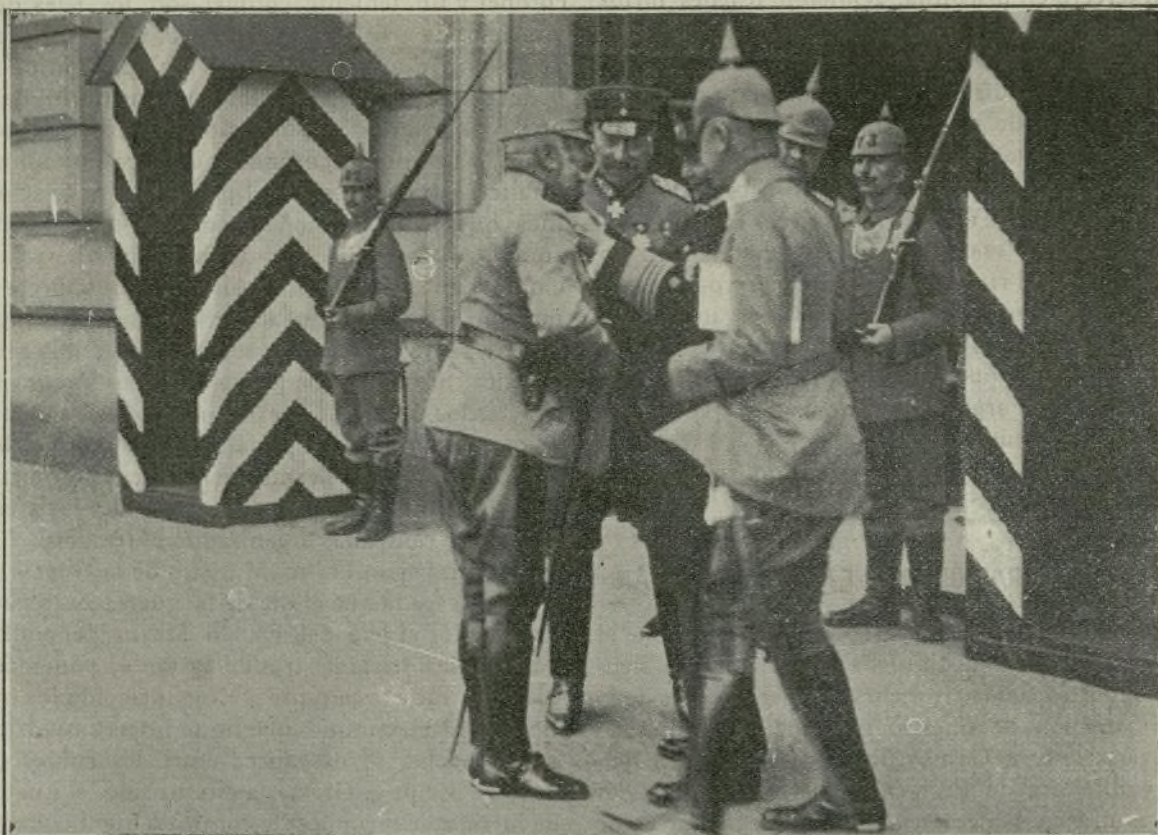
—He dicho a ustedes que ha desaparecido del diccionario. El nuevo coloquio tiene la forma de



Infantería de marina turca, en marcha hacia los Dardanelos



Las posiciones de Tarnov (Galizia), después de ser evacuadas por los rusos



El archiduque Federico de Austria, recibiendo del Kaiser la condecoración «Pour le merite» la más preciada de Alemania



Patrulla de senussis, en la península del Sinaí

preguntas y respuestas, y de vez en cuando interviene un tercero en discordia. ¿Quieren ustedes oírlo?

(Los señores A. y B).—¡Con mil amores! Más vale alegrarse que ponerse triste.

—¡Oh, profundísima verdad, tan cierta de expresarse como difícil de realizar! No basta querer, para reír; ni la voluntad puede alejar la tristeza. Yendo al grano, el coloquio se desarrolla en estos términos: ¿Te organizarás?... Yo me organizaré. (Yo, don Subrio, al paño: no se organizará!); ¿te organizas?... Yo me organizo. (El ruso, entre dientes: ¡Y yo, que creí que estaba organizado!).—¿Estás ya organizado?... No oigo bien; espera que pase la tormenta, que no me deja oír. (Los pueblos balcánicos, cuchicheando entre sí: ¡Y tan organizado como está! ¡Pero sólo para lo que le conviene a él!).

SUBRIO ESCÁPULA

LA ADMINISTRACIÓN DEL EJERCITO ALEMÁN

Más significativa que el odio que nos tiene el enemigo, es la mal disimulada admiración que siente hacia la capacidad y recursos organizadores de la administración de nuestro ejército. Fué contenido el adversario en el Oeste y fracasó su ofensiva, y Bélgica y el Norte de Francia quedaron cubiertos por una inundación alemana, después de haber caído una tormenta sobre el enemigo. Cada ciudadano alemán tuvo su puesto en esa inundación, y comenzándose por formar débiles arroyos, que luego se reunieron en ríos y por fin se juntaron en corrientes irresistibles, la inundación se desbordó. La prematura movilización francesa y la rusa, que databa de varios meses, fracasaron al ponerse en presencia de los previsores, constantes y acertados preparativos llevados a cabo en el tiempo de paz por nuestro Ministerio de la Guerra. Sólo de este modo fué posible que muchedumbres de millones de hombres se movieran al E. y al O., utilizando vías férreas bien dispuestas. Sólo así pudo herirse la parte vital del enemigo. En los campamentos de los que se creían mejor preparados, menudean las quejas contra los parlamentarios, porque los oficiales han llegado a verse precisados a comprar los alimentos para sus pobres tropas. Todavía hoy hay quien niega la concesión de un crédito para una subsecretaría de sanidad, necesaria por lo insuficientemente atendidos que están los heridos. Todavía hoy, tanto en oriente como en occidente se lamentan los jefes enemigos de la falta de municiones para la artillería. Apenas estalló la guerra, vimos nosotros, en cambio, los enormes montones de municiones preparadas en la paz cómo se distribuían rápidamente en todos sentidos. Con el mayor asombro se han enterado los adversarios de la manera como la administración del ejército alemán ha trocado la aparente rigidez de su organización en la elasticidad que demandaba la guerra, sin que se advirtiera el menor roce ni la más leve deficiencia. Mientras los agentes del enemigo recorren los mercados del mundo en busca de municiones; mientras Inglaterra ha creado un Ministerio de Municiones y el ministro francés de la Guerra ha nombrado cuatro subsecretarios para que le ayuden en su creciente labor, nuestro ejército da el ejemplo de necesitar sólo dos cargos para estas

atenciones, lo mismo en paz que en guerra. Un coronel y un teniente coronel son los jefes de los servicios de artillería de campaña y a pie, y puede decirse que realizan sus funciones con un solo dedo, al paso que para ellos un ministro inglés necesita un ejército de empleados y auxiliares voluntarios, y tiene que acudir a los discursos y reuniones públicas para convencer al país de sus obligaciones. Más que las municiones, ocupan la atención de aquellos jefes la dirección de su arma. Nuevas atenciones han recaído sobre ellos. El uno, prepara el material de sitio para atacar las plazas enemigas y artillar las conquistadas; además, tiene una misión artística, histórica y de perito en armas, porque debe instalar los trofeos de guerra en la armería de Berlín. El otro, aparte de la especialidad de su Arma, ha de ocuparse en lo que la infantería necesita en material para la campaña, en el tren y sus prácticas y en los correos de campaña, organizando el transporte.

¡Así trabaja nuestro Ministro de la Guerra, forjando la espada que el día de la guerra entregará el Emperador al jefe del Estado Mayor general! Todos los días, hasta las tres de la tarde, podemos oír cómo se forja esta espada. El golpeteo de los martillos sobre el yunque, que no se interrumpe de día ni de noche, se desvanece entre los ruidos de la calle de Leipzig. Gracias a este trabajo, el que blande la espada reconoce de continuo que tiene en ella uno de los factores de la victoria. El descuido acarrea la derrota, la previsión conduce al triunfo. Así el alto mando provee a sus ejércitos de los férreos elementos que necesita. Por este motivo, acompaña el Ministro de la Guerra al Emperador en su cuartel imperial; allí, entre los carruajes y los efectos de todo género, presta su ayuda. Los planes del alto mando abrazan los más extraordinarios y lejanos objetivos; y es deber del jefe de la Administración del Ejército mostrar los límites a que no se puede llegar, por motivos técnicos o de efectivos militares, armonizando los deseos con las posibilidades. Tiene el mando a su lado, de esta suerte, un consejero que le da su parecer, tanto en el caso de suministrar la forja algo nuevo, como sobre lo que puede esperarse de la máquina militar. Para dedicar toda su atención a los asuntos de la guerra, debe estar libre de la pesadumbre del trabajo y atenciones diarias, por lo cual encomienda a un Ministro suplente o sustituto la fatigosa labor diaria del Ministerio propiamente dicho. Ambos ministros están en comunicación constante y no cesan de transmitirse sus pensamientos, por lo cual el Ministro de la Guerra se encuentra en todos los momentos en disposición de dar a conocer al alto mando el número de hombres y el material de que puede éste último disponer. El Ministro sustituto, su excelencia von Wandel, tiene entrada en el Reichstag y asume la responsabilidad ante el Parlamento, porque—para economizar tiempo—en los casos urgentes puede resolver por sí mismo, sin necesidad de preguntar al Ministro, que se encuentra muy lejos. Se pone asimismo en relación con los Ministros de la Guerra de Baviera, Sajonia y Württemberg, estableciéndose comunidad de pensamientos y deseos, feliz presagio de victoria, y reuniéndose por el trabajo todas las energías del Imperio a disposición del alto mando.

Pero más aún que este cambio de impresiones,

ligan a los Ministros de la Guerra los acontecimientos de dentro y fuera de casa. Los ferrocarriles y las líneas de etapa que llegan a los teatros de operaciones son las arterias por las cuales llega al ejército la sangre del corazón, el Ministerio de la Guerra, ofreciéndole nuevos e incesantes elementos vitales, en forma de subsistencias, municiones y recursos de todas clases, que se transmiten hasta los frentes de batalla. El corazón difunde la bienhechora lluvia por todos los miembros del ejército. Y, al mismo tiempo, el Ministerio de la Guerra actúa en los campos de batalla, y la calle de Leipzig, en Berlín, obra con toda su autoridad, reflejada en el Ministro que se mueve de un punto a otro.

Su actuación no hace prorrumpir en ¡vivas! La fantasía no se fija en ella. La poesía y la leyenda gustan más del edificio rojo coronado por las alas doradas de la diosa de la victoria, en la plaza del Rey, que del amarillento que se encuentra no lejos de la Puerta de Postdam. En el polvo de los legajos reina allí, como ante el Supremo altar, la administración prusiana. En los largos y desnudos pasillos, parece que huele, todavía a cuero, telas, lámparas de aceite y grasa. Corre la tinta en abundancia. En tiempos del gran Roon fué el Ministerio de la Guerra el terror del Ejército, y la crítica le hizo objeto de apasionadas censuras y de ardientes elogios. Allí se cuenta hasta el céntimo, porque sólo gracias a la economía pueden sostenerse tres guerras, y en aquella casa, asiento de la administración suprema, también se forja la espada, porque de allí arrancó el camino que nos llevó al Salón del Trono, de Versalles, y hasta la herencia de Barbarroja, como hoy nos ha conducido delante de París y a la tercera capital de Rusia.

Leales como el maestro Scharnhorst y el viejo Emperador guerrero, varias generaciones han trabajado asidua y calladamente durante 45 años, para que los hombres de hoy alcancen la rica herencia y escriban los hechos grandiosos de la historia de nuestro tiempo. No combatimos en un solo frente; presentamos el pecho a un mundo de enemigos, y los derrotamos a todos. Únicamente sirviéndose de nuestros propios recursos, debe el Ministerio de la Guerra hacer frente a las necesidades de los ejércitos en campaña. El acopio de provisiones en primeras materias para trocarlas en los recursos que se necesitan, exigiría en otro país la creación de un Ministerio especial. Esta función la tenemos encomendada a un mayor (comandante), que dirige a varios jefes de sección. Sostenemos a un ejército de prisioneros, mucho mayor que cualquier ejército de tiempo de paz: va en aumento y no cabe desatender su administración, pero no se ha fundado a este fin un nuevo organismo, sino que se ha acudido a una de las ramas del utilísimo, tanto en paz como en guerra, departamento llamado de imprevistos. La rapidez con que se mueven nuestros ejércitos más allá de todas las fronteras, ha despertado la admiración de los periódicos extranjeros, que creen han tomado forma viviente los cuentos de «Las mil y una noches»; un grupo de cinco oficiales del Ministerio de la Guerra tiene a su cargo este trabajo, realmente admirable. Grupos un poco mayores o algo más reducidos, cuidan del armamento, equipo, subsistencias, vestuarios, carruajes y caballos, de enfermos y

heridos, vigilan el trabajo de las fábricas, envían a los frentes de batalla los dones que para los soldados entregan sus familias, y dan a las cartas el adecuado destino. Todas las ramas de la actividad humana repercuten en el Ministerio de la Guerra, para que estén servidos los ejércitos. De esta suerte, la acción de la Administración llega a lo íntimo del pueblo, y cada alemán sabe dónde encontrar lo que desea. Cuando el ama de casa lleva cobre al mercado, va provista de una autorización del Ministerio de la Guerra.

Quien crea que se necesita un ejército humano para administrar setenta millones de alemanes y reunir sus energías, organizarlas y desenvolverlas, desconoce la gran eficiencia del ejército. El fundamento de la victoria no se encuentra, como en los mercaderes yankees, en listas de sueldos y pagas que contienen decenas de millares de nombres. En tiempo de paz, toda la admirable labor, raíz del éxito, se distribuye entre 739 hombres, de los cuales, 111 oficiales, 47 altos y 391 medianos empleados, 83 escribientes y 107 auxiliares. Bajo el tejado del edificio de un gran diario de Berlín hay 150 hombres dedicados únicamente al comercio de publicaciones! Todo el personal reunido, sin incluir los obreros, excede mucho en número al del Ministerio de la Guerra. No es extraño que en el extranjero se crea que esto es también un cuento de «Las mil y una noches».

En tiempo de guerra el trabajo está encargado a 2.570 hombres, con orgullo de los alemanes y envidia de los extranjeros. No vacilamos en decirlo, sin temor a que lo sepan en el extranjero; lo envidiarán, pero no podrán imitarlo. La organización no es sólo obra del genio o del talento, sino que es hija de una tradición de doscientos años, de la lealtad en lo pequeño, del deseo del monarca, de aquel rey prusiano, llamado el cabo, cuya muletilla era: «más leal que la lealtad», del viejo Roon, un modelo, aunque seguramente no será el último, que hizo practicar en aquella casa el principio de que el «sí mismo» y el «yo» no tenían allí cabida, y que la vanidad y el mérito individual debían sacrificarse al bien del servicio.

Erraríamos si creyéramos que el Ministerio de la Guerra, al decretarse la movilización, se aferró avidamente a su servicio sedentario y multiplicó el personal para forjar más pronto la espada. Es tan elástica y al mismo tiempo tan rígida la organización, que en los días de prueba demostró que contaba con fuerzas inextinguibles. A lo largo de los desnudos corredores se advierten, mezclados con el polvo de los legajos, destellos de la grave y hermosa poesía bélica. Aquí y allá, pende junto a la puerta una corona de siemprevivas y el nombre de un oficial. Una fecha y una cruz aparecen encima, y podemos leer inscripciones como ésta: «El mayor von Oppen, pereció el 22. 12. 14 a la cabeza de su columna de ataque, delante de Ipres». Estuvo en el yunque hasta la hora en que su soberano le puso una espada en la mano, con lo cual le hizo dichoso y le facilitó el camino de la victoria, porque la gran organización hizo que arraigara firmemente en él la convicción de que en aras del deber y la lealtad debía sacrificar su bienestar y la vida.

OTTO VON GOTTEBERG

(De la *Tägliche Rundschau*)

CRONICA MILITAR

I. El cuerpo de ejército alemán.—II. La fortificación de campaña en la guerra actual.—III. Las operaciones en Galicia oriental.—IV. La situación el 18 de septiembre

I.—El cuerpo de ejército alemán

La organización del cuerpo de ejército alemán, su unidad estratégica fundamental, ha ido variando a medida que la guerra facilitaba enseñanzas definitivas. Sin entrar en el detalle de su composición, lo que llama la atención en primer término es que se haya mantenido la dotación primitiva de las tres armas de combate; sólo se nota un ligero aumento de artillería, consistente en un batallón de obuses pesados (morteros en ciertos casos), de 16 piezas. En cambio, las tropas técnicas y los servicios impropia-mente llamados auxiliares, han tenido un crecimiento prodigioso; y el cuerpo de tren, en todas sus diversas unidades, ha llegado a un grado de desarrollo que parece increíble.

Al mismo número de combatientes que hace un año, corresponde ahora un efectivo casi doble de tropas técnicas, auxiliares y del tren. ¿Qué se ha conseguido con esto? La contestación brota por sí misma. Las tres armas tienen por único cometido el combate, pero no pueden llegar a él, ni completar los resultados del mismo sin la ayuda de los otros servicios. Consecuencia: ha aumentado extraordinariamente la movilidad del cuerpo de ejército, que resulta así una unidad de excelentes cualidades maniobreras. Para ello habrá sido menester resolver un problema de tan fácil enunciación como difícil resolución: el enlace entre las tropas de primera línea y los servicios de la segunda, así como el que debe haber entre éstos y los de retaguardia. Es probable, por consiguiente, que se haya modificado la composición de los cuarteles generales, efectuando en ellos una especie de desdoblamiento, aunque sin romper la unidad de mando, que es esencial e imprescindible.

Este principio orgánico adoptado por los alemanes está en contradicción con el admitido por los demás ejércitos. Aunque para determinados fines se agrega una tercera división de infantería al cuerpo de ejército alemán, lo normal es que conste de dos, resultando que su efectivo, tanto total como combatiente, esté por debajo de los también normales de Rusia, Austria y Francia. El que más se le aproxima al parecer es el del británico, aunque no se conoce con exactitud la composición del cuerpo de ejército inglés, sabiéndose únicamente que se ha cambiado radicalmente de un año a esta parte, tendiendo a aumentar sus efectivos, que eran muy débiles.

Cuanto más fuerte es esa unidad tanto más difícil es el mando, pero se necesitan para todo el ejército menos generales capaces, consideración que no deja de tener importancia cuando los combatientes se cuentan por millones. Gracias al excelente sistema de unidad de doctrina y ejercicio y práctica de mando, Alemania dispone de un plantel de generales más que suficiente; no se encuentran en el mismo caso los demás beligerantes, según la guerra está poniendo de manifiesto.

Dado el poderío militar de Alemania, la unidad cuerpo de ejército corresponde a la división de las naciones de segundo y tercer orden, de suerte que lo que hace aquel Imperio confirma indirectamente la bondad de la organización búlgara, por ejemplo, fundada en la unidad división, de un efectivo algo más fuerte que la división alemana. No cabe duda que en los países cuyo ejército no sea muy numeroso en tiempo de paz, serán raras y excepcionales las ocasiones en que se puedan reunir, para maniobrar cuerpos de ejércitos enteros, mientras que simples divisiones se ejercitarán con menos gastos y trastornos. De donde se infiere que en tales países se tropezará con positivos obstáculos para lograr que los jefes de cuerpo de ejército adquieran la práctica y experiencia necesarias, y que sería prudente, o por lo menos digno de estudio, satisfacerse con comenzar por la unidad estratégica división, más manejable y de mecanismo más sencillo.

Otra observación que se deduce es que la superioridad en artillería pesada en diferentes puntos del frente, la han asegurado los alemanes mediante la agrupación de dos o más unidades de esta clase, pertenecientes a diferentes cuerpos, con el cual objeto dichas unidades no se agrupan normalmente bajo el mando exclusivo del comandante de artillería, sino que figuran en segunda línea, al lado de los servicios auxiliares. Aparte de esta reunión circunstancial, hay baterías de morteros y obuses, de mediano y gran calibre, afectos a los ejércitos y grupos de ejércitos, como unidades independientes, y sin pertenecer a los propiamente llamados trenes de sitio.

Se ve, pues, que los alemanes han deducido como enseñanza de la guerra la conveniencia de dar gran movilidad y elasticidad a sus cuerpos de ejército, fortaleciendo las que ya tenían antes. Ello se acomoda con los métodos de combate predilectos de aquel Imperio, que se fundan en primer término en la maniobra y en segundo en el choque. Para lo primero se requiere que las unidades estratégicas no sean pesadas, que se manejen bien y puedan marchar con rapidez en todos sentidos; lo segundo aconseja preparar el ataque por un fuego de artillería abrumador, ejecutado por la pesada, concentrada en masas contra los puntos de ruptura.

Contrariamente al alemán, el cuerpo de ejército ruso tiene un efectivo mayor en un tercio y a veces hasta más de un medio, pero sus trenes y servicios de comunicación están menos desarrollados que en aquel. De aquí que en la ofensiva, y lo mismo en las retiradas, un cuerpo de ejército alemán se mueva mucho más deprisa y sencillamente que el ruso. Los cuerpos de ejército francés y austriaco son un término medio entre los otros dos; no adolecen de defectos tan acentuados como el segundo, pero no gozan de las cualidades ventajosas del primero.

La cuestión es muy interesante, y merece llamar la atención de las personas que han de intervenir en asuntos de organización de las grandes unidades. Se

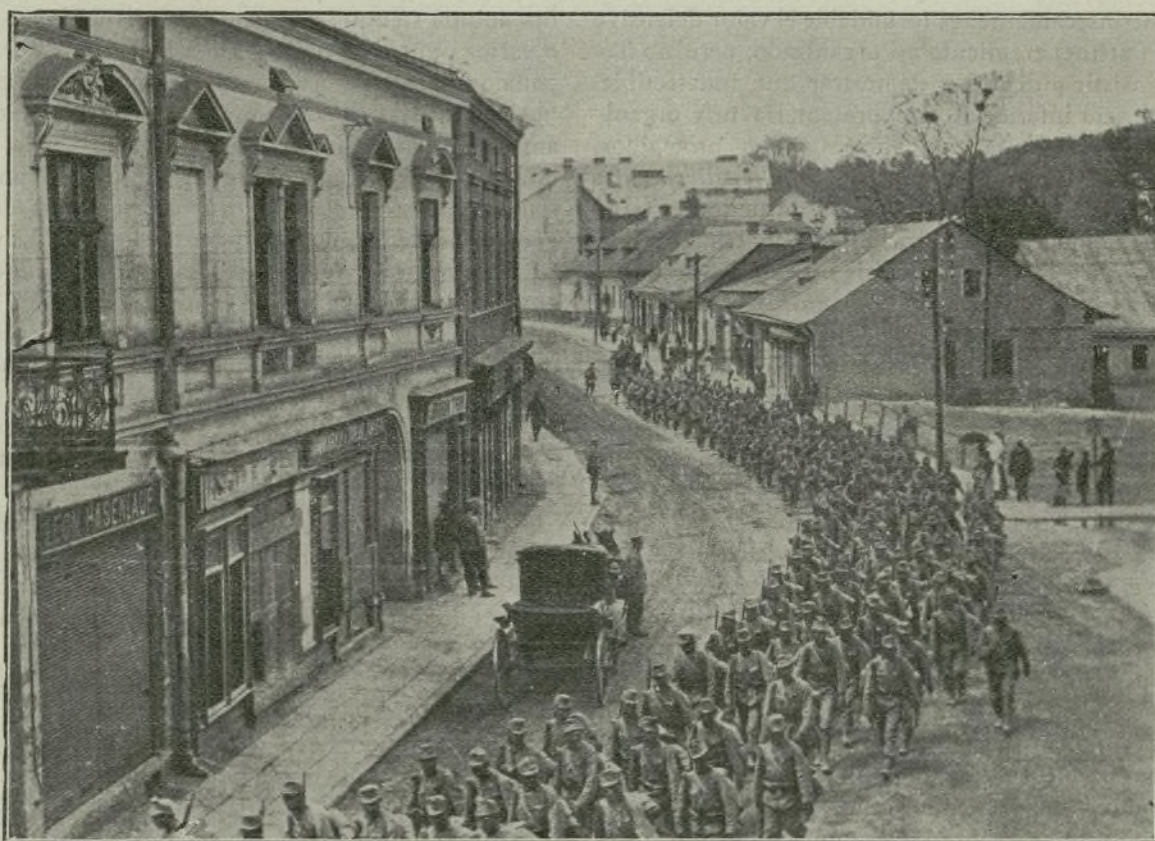
trata, en suma, del instrumento complejo y completo que sirve para componer la máquina total.

II.—La fortificación de campaña en la guerra actual

Frente a la inmutabilidad de la fortificación permanente, la de campaña, cuando está bien organizada y bien manejada por el mando y las tropas, se distingue por su elasticidad, que la hace acomodable a todas las fases y situaciones del combate. El principio fundamental en que modernamente se inspira es que ni debe entorpecer la libertad de movimientos del ejército propio, ni ha de considerarse jamás como abrigo que deba defenderse a todo trance, sino como protección que ha de abandonarse sin pesar cuando así lo aconsejen las conveniencias tácticas. Es decir que esa fortificación no es más que un

excepción han adquirido grandísima práctica en aprovecharse de las ventajas de los atrincheramientos, huyendo de los inconvenientes que acarrea su vicioso empleo.

Lo mismo en oriente que en occidente, se ha acudido desde el primer día a los perfiles perfectibles, o sea aquellos que se prestan a aumentar la protección y dar más eficacia al tiro, a medida que el tiempo lo permite, sin tener que modificar el trazado y aprovechando todo el trabajo hecho. De donde resulta, que comenzadas las trincheras por los tipos llamados del campo de batalla, que sólo protegen de las vistas del enemigo y se terminan en un tiempo muy corto, a veces minutos, pasaron luego por la fase conocida propiamente por fortificación de campaña, que depara una protección media, y terminaron por la de posición, que es la forma que revisten la líneas alemanas y franco-inglesas en el oeste, las austriacas en



Entrada de tropas austriacas en Przemyśl, el 3 de junio

auxiliar, que se le utiliza siempre que conviene, y eso sin que nunca las tropas se consideren ligadas a él, lo mismo para avanzar que para retroceder.

Se comprende lo perfecta que ha de ser la instrucción de un ejército y lo acostumbrado que debe estar a servirse de la fortificación, para evacuar, sin que padezca su moral ni se crea derrotado, un atrincheramiento que ha sido su amparo durante horas, días o semanas. No se puede llegar a este grado de convencimiento de las tropas sin prácticas repetidas y una aplicación constante de la pala en tiempo de paz. De lo contrario, el soldado y las pequeñas unidades se aferrarán a sus trincheras, y sufrirá menoscabo la acción táctica, repitiéndose en menor grado lo que acontece con la fortificación permanente. Los ejércitos alemán y ruso eran los más adiestrados en este concepto, antes de la guerra; ahora todos, sin

los Cárpatos y las rusas y alemanas en Galizia, Polonia y otras comarcas.

Siendo particularmente temibles los fuegos curvos de los obuses y morteros, que imprimen a los proyectiles un grande ángulo de caída que les facilita llegar al interior de las trincheras, y dada la enorme potencia destructora de las granadas que disparan aquellas piezas, se ha prescindido sistemáticamente de acusar las obras al exterior, suprimiéndose los parapetos y masas cubridoras y buscándose la protección en ahondar la excavación, que llega y aun excede de dos metros en la primera línea. Por una parte, se ha aumentado el resguardo con blindajes, merlones, nichos, traveses, etc., y por otra se han enlazado las trincheras más avanzadas con las posteriores por comunicaciones también profundas y desenfiladas, estrechas, de trazado tortuoso, en

cuyos taludes abren las puertas de abrigos, alojamientos, repuestos, etc. Para dificultar más los ataques, se han instalado ametralladoras, lanza-bombas o morteretes de trinchera, proyectores de gases y líquidos incendiarios, y, siempre, alambradas, pozos de lobo, talas y otras defensas accesorias.

Una línea así organizada, casi invisible y presentando escasísimo blanco al fuego de la artillería enemiga, resulta poco menos que invulnerable; se necesita un tiro muy prolongado para causar daños de alguna consideración en ella. En cambio, las alambradas y demás defensas accesorias eran destruidas con relativa facilidad en los primeros meses de la guerra; posteriormente, se han ido substituyendo las fijas, cuya eficacia dependía de que no fueran arrancados los piquetes, por otras exclusivamente de alambre, que están sujetas a ligeros cambios de posición cuando las hiera un proyectil, pero que conservan aun entonces su papel de obstáculo.

Intrínsecamente, es formidable el valor defensivo de un atrincheramiento así organizado; pero no hay que insistir mucho en demostrar que indefectiblemente será inferior al que presentaría una organización permanente, con abrigos mejor protegidos, comunicaciones a prueba, fusilería y artillería más resguardadas, y obstáculos pasivos difíciles de franquear. Sólo que la fortificación de campaña se ejecuta con un gasto mínimo y la otra obliga a cuantiosos dispendios. No cabe, sin embargo, comparar siquiera aquella con ésta: la permanente se endereza a asegurar con pocas fuerzas la posesión de un punto importante, donde se apoya el ejército de operaciones; la de campaña no es más que un elemento auxiliar de que se sirven las tropas para mejorar su situación táctica. Siendo diferentes los objetivos y las necesidades, no cabe la substitución de la una por la otra, como tampoco sería pertinente la comparación entre el mortero de 42 y el cañón ligero de 7.5 ó 7.7.

La eficacia de las posiciones que sucesivamente han organizado los beligerantes en los tres frentes, y en particular las del teatro francés y del austro-italiano, estriba en primer término en la disposición táctica que han tomado las tropas. Poderosos ejércitos han desplegado en una línea de centenares de kilómetros, ocupando los puntos llaves, concentrando los fuegos sobre los sectores más peligrosos, y estableciendo reservas y sostenes que van radiando desde la retaguardia hasta el frente de batalla. Contra un ataque resuelto del enemigo, en un punto determinado, no bastan las tropas de primera línea del defensor y se ha de acudir a los sostenes, primero, a las reservas, si no bastan. En el campo de batalla, cuando el atacante ha tomado bien sus medidas y concentrado las fuerzas suficientes, antes de que las reservas del defensor intervengan, se ha resuelto el combate en el frente avanzado y la balanza se ha inclinado ya a un lado. El gran problema defensivo consiste en conseguir que las reservas de primero y segundo orden se presenten con oportunidad en los puntos donde su presencia sea necesaria, y esto sólo puede lograrse si la resistencia de la línea avanzada se prolonga el tiempo bastante para que el enemigo revele sus propósitos y puedan llevarse refuerzos a donde convenga. De aquí el empleo de la fortificación de campaña y de posición, que han llenado cumplidamente su cometido.

A medida que en el oeste crecía la longitud del frente, había que alejar más de él las reservas, para que ocuparan siempre una posición central, y ello fué la causa de que se multiplicaran los caminos en todos sentidos, y los depósitos de material y los puestos de sostén; al alejarse las reservas, debióse aumentar la resistencia de la primera línea, y con este objeto se acudió a los morteretes, a los medios químicos, a las granadas de mano, etc., se duplicaron y triplicaron las trincheras, enlazadas entre sí y con la retaguardia; y el trazado general de los atrincheramientos se sujetó a los despliegues y evoluciones tácticas.

Este es el concepto fundamental, que no ha sido bien comprendido, de las posiciones defensivas desde el Mosela al mar: dos ejércitos, el uno delante del otro, están en todos los momentos dispuestos a maniobrar y ejecutar sus movimientos a cubierto del fuego enemigo, en lo posible; pero como la maniobra apunta siempre a ser superior en fuerzas en uno o varios puntos, se pidió a la fortificación de campaña que pusiera a las tropas avanzadas en condiciones de resistir y ganar tiempo, para contramaniostrar antes de que fuera tarde. Los resultados, a la vista están. Mas no son ni pueden ser definitivos, porque siendo el hombre el factor preponderante, ha de llegar un momento en que el equilibrio moral se rompa, y entonces se derrumbará también el material, cuya fortaleza está antes en las tropas que en sí mismo. Esas fortificaciones contribuyen a vigorizar la moral del soldado, pero ni ellas ni nada pueden crearla si no existe o se extingue.

III.—Las operaciones en Galizia oriental

Lucharon tenazmente los rusos, desde el golfo de Riga al alto Bug, contra el alud alemán que se desbordaba por las alas y abría brecha en el centro, y un mes de terribles combates fué necesario para que el Gran Duque se declarara derrotado; todavía otro mes se prolongó la ofensiva del invasor, para barrer las últimas plazas que aún se defendían y para empujar al enemigo hacia el E. y sacarlo de sus posiciones previamente preparadas; y mientras la campaña marchaba a su desenlace en el centro y N., en el extremo S. dos masas adversarias se observaban, arma al brazo, sin osar atacarse.

La inactividad de los austro-alemanes, alineados en la orilla derecha del Zlota Lipa y en el Dniester, se justifica con pocas palabras: convenía tener en jaque a Ivanov, para que no desfilara hacia el N. y se reuniera con el ejército del centro. ¿Eran menester, para este cometido de observación los cuatro ejércitos que actualmente desenvuelven la campaña contra Ivanov? Probablemente, no; hay indicios de que por lo menos uno de ellos tomó parte en las batallas del Bug, y regresó después a su punto de partida, pero, en definitiva, no puede afirmarse con certeza. ¿Qué se proponía Ivanov permaneciendo en el extremo de la Galizia oriental, esperando que el enemigo eligiera el momento y la forma de acometerle? En lo que cabe apreciar desde tan lejos, no hay razones de orden militar que abonen la conducta de los rusos: tal vez se quería cubrir la Volinia y la Besarabia; acaso se deseaba conservar en manos rusas un pedazo de territorio austro-húngaro, en pre-

visión de eventualidades no imposibles; quizás se trataba de contener a Rumania... Que había motivos serios para que Ivanov siguiese en la falsa situación que ocupaba, es indudable, pero en el concepto militar no se han vislumbrado hasta ahora.

Lo cierto es, que apenas quedó roto el enlace entre el centro ruso y el ala izquierda (en Galizia), los austro-alemanes, ociosos dos meses, reanudaron la ofensiva, atacando de frente y amagando con un envolvimiento por el N. En pocos días trasladaron su línea desde el Zlota Lipa al Strypa, y desde éste al Sereth, pero ya antes de llegar a este río—que cruzaron en algunos puntos—las masas de Ivanov se corrieron en parte hacia el N., y al O. y S. O. de Tarnopol tuvieron lugar sangrientos combates, en los que no siempre los austro-alemanes fueron afortunados. Más al N., el avance tropezó con pocas dificultades: cayó primero la fortaleza de Lusk y luego la de Dubno, restando solamente la de Robno para abrir de par en par las puertas de Volinia. Y por el S., los austriacos entraron en la Besarabia, a la vista de la frontera rumana. Parecía llegada la hora de abandonar aquel pedazo de Galizia, para tomar posiciones que cubriesen mejor el antiguo reino de Ucrania, cuando de pronto, con verdadero asombro, se supo que Ivanov había emprendido una resuelta ofensiva, que tan vanamente se esperó durante aquellos dos mortales meses en que el grueso ruso fué deshecho y realizó un penoso éxodo hacia el E. Lo que en los instantes críticos hubiera contribuido a aliviar la situación general, se ejecutaba fuera de tiempo y ocasión. Porque, no ya una ventaja incontestable, sino una verdadera victoria rusa en Galizia, no remediaría, ni siquiera atenuaría lo que ya no tiene remedio, ni atenuación: el vencimiento del ejército principal y la pérdida de las fortalezas.

Y esa ofensiva se sostiene con tenacidad digna de mejor oportunidad. Por el N. se acentúa el peligro de envolvimiento; se ha disipado la esperanza de darse la mano con el ejército del centro; no puede haber armonía entre lo que se haga en el N. y lo que se intente en el S.; este último ejército ha resultado, como consecuencia de la derrota rusa, una masa independiente, que no puede influir de un modo eficaz en la resolución general de la campaña. Quebrantadas todas las demás tropas del Imperio, está Rusia en el caso de prevenir el vencimiento del último núcleo—el de Ivanov—que le queda; era de necesidad apremiante que el ala izquierda no entrase batida y deshecha en Rusia, sino compacta y vigorosa. El repliegue después de una derrota, pondrá en poder de los austriacos territorios imperiales que todavía había probabilidad de defender si se hubiese obrado con previsión.

Nada de esto se ha verificado. Atacado primero, enseguida Ivanov responde con fuertes estocadas; reúne al O. y S. O. de Tarnopol la porción mayor de sus fuerzas, y consigue rechazar al enemigo al otro lado del Sereth; no le basta con eso, empuja más aún, y llega hasta las orillas del Strypa, en el centro del curso de este río. Es un caso estupendo, tan incomprensible—aunque algún motivo habrá que lo disculpe—como aquella persistencia de la retirada hacia el E., de la que tanto hablé a mis lectores, durante la campaña de Galizia, en lugar de tomar la dirección salvadora del N. Los hechos me

dieron la razón, y esta vez tampoco me dejarán en mal lugar. Tarde o temprano, los ejércitos de Ivanov correrán la misma suerte que sus hermanos del frente principal, y aquel día se extenderán los austriacos por el S. O. de Rusia con una facilidad que no debieran haber encontrado, si obraran aquellos con más previsión.

Hay que repetirlo: no se alcanza la finalidad de esa inopinada actitud del ala izquierda rusa. No repercutirá en la maniobra que los alemanes están desarrollando en el N., ni tampoco atraerá a Galizia fuerzas invasoras empeñadas en Curlandia o en Polisia. Estratégicamente, la campaña está resuelta a favor de los austro-alemanes en el S., y la consagración táctica del éxito tardará más o menos, nunca mucho, pero ha de llegar. Y como Rusia no es de creer que envíe los refuerzos que aún pueda reunir a la región de Kiev, porque le hacen falta en otros sectores más importantes, el día que Ivanov sea vencido, caerá, como del árbol la fruta madura, un espléndido botín territorial en poder de los imperios centrales.

IV.—La situación el 18 de septiembre

La calma sigue reinando en el frente occidental. En los Dardanelos, no se han repetido los ataques de los aliados; muy quebrantados deben hallarse en la región de Sed-ul-Bahr, en el extremo S. de la península, toda vez que han transcurrido casi dos meses sin que allí se desarrollaran combates de importancia; en Anafarta y Anzac están reducidos a las posiciones que ocuparon en los primeros días, a corta distancia del mar. Puede darse por seguro que no hay tropas británicas en las costas de Tracia.

En el frente italiano se advierte la llegada de refuerzos austriacos. Los partes italianos van substituyendo poco a poco la voz *ofensiva* por la *defensiva*. Se acusa un avance austriaco en el Tirol; ciertamente que este sector es el más peligroso para los italianos, por hallarse en su flanco, pero sería prematuro deducir que sus enemigos han comenzado a desenvolver un ataque formal. Sin embargo, la recrudescencia de la actividad austriaca en el Tirol, da a comprender que por ahora no se encuentra en situación crítica el frente del Isonzo, donde los italianos tienen el grueso del ejército. Es muy posible que, insensiblemente, lentamente, las operaciones en este frente, vayan adquiriendo un vuelo que no han tenido hasta ahora.

No se ha interrumpido la invasión alemana en Rusia. Al asumir el Czar el mando en jefe de sus ejércitos, ha nombrado jefe de Estado Mayor general—de hecho, general en jefe—al general Alexeiev, y comandantes en jefe de los ejércitos del Norte, Centro y Sur, a los generales Ruszky, Evert e Ivanov.

Después de violentos combates, los alemanes han roto el frente ruso casi en toda la línea. Dvinsk (Dunaburgo) está amenazado por el N. y por el S., y las defensas del oeste han caído ya; igualmente ha sido envuelta Vilna; ambos puntos se encuentran en una situación muy crítica, y de un momento a otro es de esperar se reciba la noticia de que han sido tomados por el invasor. En la ruptura de la línea rusa entre Vilna y Dvinsk, ha tomado parte preponderante la

caballería austro-alemana, cuyo efectivo se evalúa en trece divisiones, con un total de cincuenta mil ginetes. Sobre esta masa de caballería ha recaído acaso el papel principal en la penosa y difícil campaña de Curlandia. Primero, desplegó y cubrió todo el frente, llevando el desconcierto y la desorientación a los rusos, gracias a lo cual pudieron las relativamente débiles tropas de von Below dirigir sus ataques en las direcciones más convenientes; reforzado el ejército moskovita, con la incorporación de parte de los cuerpos que habían combatido en Polonia y con otros llegados del interior del Imperio, ha correspondido a la caballería alemana la gloria de haber quebrantado la resistencia del defensor en la región donde se manifestaba con más vigor. Será muy interesante la descripción detallada de las operaciones de esa caballería, cuando, más adelante, el Estado Mayor alemán la dé a conocer. Puede adivinarse que el paso del Duina ha sido perfectamente ejecutado en varios puntos por las divisiones montadas, que maniobrando enseguida hábilmente hicieron aflojar la defensa rusa y facilitaron la entrada en línea del resto del ejército. Ha sido la rehabilitación completa de la caballería como arma, que no pocos tratadistas, más afanosos de mirar al libro que al terreno, daban ya como desaparecida. Ancho campo se presenta a la audacia y a la actividad del jinete en la exploración y el reconocimiento, pero el choque sigue siendo una de las características del empleo de la caballería, y lo seguirá siendo mientras el corazón prevalezca sobre el arma.

Derrotados han sido también los rusos al S. del Niemen, al E. de Grodno y en los demás sectores hasta los pantanos del Pripet. Han tenido que reanudar la retirada, cediendo el terreno que tan heroicamente han defendido. El ejército de von Mackensen ha ocupado y rebasado Pinsk, y es un hecho consumado la separación y pérdida de enlace entre los ejércitos rusos al N. del Pripet y los que se hallan en Volinia y Galizia.

Todas las tropas rusas estacionadas en el S. del Imperio se incorporaron al ejército de Ivanov. La contraofensiva de éste ha sido contenida, y como el peligro que se cernía por Dubno se ha ido acentuando, parte de aquellas masas ha tenido que trasladarse a Volinia, disminuyendo como consecuencia la intensidad de la lucha en Galizia. Es de creer que

la campaña en esta última provincia se aproxima a su fin, y que no transcurrirán muchos días sin que los rusos se replieguen al interior de su territorio.

La situación en este teatro oriental de la guerra no tardará mucho en despejarse, porque apenas los alemanes se adueñen de Vilna, Dvinsk y Riga, se sabrá si persisten en su ofensiva contra Rusia, o si la suspenden para lanzarse contra Francia o Italia. Mientras a su alcance se encuentren fuerzas rusas de consideración, es de presumir que los austro-alemanes no abandonarán su propósito de destruirlas por completo, labor que ahora es difícil, por la devastación que acompaña a los rusos en su retirada, pero que lo sería mucho más si se aplaza la continuación de las operaciones para la primavera del año próximo. La estación se muestra hasta ahora favorable a una campaña activa y perseverante.

El Estado Mayor alemán ha hecho público el botín de guerra capturado en Novo-Georgievsk: se compone de 1,640 cañones, 23,319 fusiles, 103 ametralladoras, 160,000 proyectiles de cañón y 7.098,000 cartuchos. Estas cifras indican que la capitulación se llevó a cabo por la presión irresistible del sitiador, y que fué tan apremiante y rápida que no dió tiempo para destruir todo el material. Si a éste se agregan los noventa mil hombres allí apresados, habrá de convenirse que la rendición de Novo-Georgievsk es uno de los mayores desastres que han padecido los rusos. Supera al tan renombrado y famoso de Sedán.

En Kovno cogieron los alemanes 1,301 cañones. No han detallado el resto del material capturado, que es probable fuera muy poco, porque habiendo evacuado la plaza los rusos, es claro que tuvieron tiempo disponible para destruir todo lo que no pudieron llevarse consigo.

Un submarino británico ha sido echado a pique en el mar de Mármara. Se han visto submarinos alemanes en el mar Negro, en las costas francesas del Atlántico y en el mar Egeo. Una escuadra británica, en la que figuraban algunas unidades de línea, ha bombardeado Ostende, Zee-brugge y el litoral belga. No se han librado combates navales en el Báltico, ni en la entrada del golfo de Riga.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

- 19 septiembre 1915.

Imp. Castillo.—Aribau, 177

Derechos reservados